



# Diálogos

ISSN 2177-2940



## El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica

 <https://doi.org/10.4025/dialogos.v25i1.58184>

Domingo César Ighina

 <https://orcid.org/0000-0001-6954-6480>

Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. E-mail: dcmighina@gmail.com

---

### Argentine nationalism and the apocalyptic novel as historic prospect.

**Abstract:** At the time that nationalism in Argentina succeeded in establishing its various positions on history through the development of the historiographical school called revisionism, beginning in the 1930s, it spread out a profuse narrative of historical fiction that sought to popularize this perspective. In that context, part of the nationalistic cultural effort focused on making a finalistic or teleological reading of history based on what we here call apocalyptic novel, an anticipatory literature that diagnoses the evils of the present and sets its consequences on defended political interests.

**Key words:** Nationalism; Historical novel; Anticipatory literature; Apocalyptic novel

---

### El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.

**Resumen:** Al tiempo que el nacionalismo en Argentina lograba instaurar sus diversas posiciones sobre la historia mediante el desarrollo de la corriente historiográfica llamada revisionismo, desplegaba a partir de la década de 1930 una profusa narrativa de ficción histórica que procuraba popularizar dicha perspectiva. En tal contexto parte del esfuerzo cultural nacionalista se centró en hacer una lectura finalista o teleológica de la historia a partir de lo que aquí llamamos novela apocalíptica: una literatura de anticipación que diagnostica los males del presente y fija sus consecuencias en función de los intereses políticos defendidos.

**Palabras clave:** Nacionalismo; Novela histórica; Literatura de anticipación; Novela apocalíptica.

---

### O nacionalismo argentino e o romance apocalíptico como prospectiva histórica.

**Resumo:** Enquanto que o nacionalismo na Argentina alcançou o estabelecimento de suas diversas posições sobre a história através do desenvolvimento da corrente historiográfica nomeada revisionismo, ao mesmo tempo se desenvolvia a partir da década de 1930 uma abundante narrativa de ficção histórica que procurava popularizar sua própria perspectiva. Nesse contexto, uma parte do esforço cultural nacionalista centralizou sua ação numa leitura finalista ou teleológica da história do que nós nomeamos aqui romance apocalíptico: uma literatura de antecipação que diagnostica os males do presente pregando suas consequências com a defesa de seus interesses políticos.

**Palavras-chave:** Nacionalismo; Romance histórico; Literatura de antecipação; Romance apocalíptico.

Recebido em: 13/03/2021

Aprovado em: 30/03/2021

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

En el contexto de lo que Diana Quatrocchi- Woisson llamó “querella historiográfica”<sup>1</sup>, Manuel Gálvez –uno de los novelistas más relevantes de la primera mitad del siglo XX en Argentina, de gran tiraje y vínculos explícito con el catolicismo y el nacionalismo argentino- en su ensayo “La novela histórica” de 1959, postulaba que ésta

"posee un formidable valor didáctico. Sea que los libros de historia cansan al distraído y apresurado lector moderno, sea que los historiadores puros -como ocurre entre nosotros- escriben generalmente con escasa elegancia y no saben dar interés y vitalidad a sus libros, el caso es que las novelas históricas constituyen el solo medio de aprender historia" (GÁLVEZ, 1980, p. 86).

En realidad Gálvez encuentra en la novela un arma eficaz para la instrumentalización de la cultura. La disputa por la homogeneización cultural podía resolverse exitosamente si se utilizaban las ventajas comunicativas y estéticas de la literatura. Así la “querella historiográfica” incluía a la novela histórica como uno de los elementos para su disputa: sin duda Gálvez ejerció gananciosamente esa extensión de la “querella historiográfica” y, en buena medida, el éxito del Revisionismo rosista en la construcción de la percepción histórica de la sociedad argentina se debe a las biografías y novelas históricas de Gálvez<sup>2</sup>.

La perspectiva funcionalista de Gálvez reafirmaba el entendimiento de numerosos intelectuales nacionalistas de elaborar proyectos literarios como formas eficaces de comunicación de su ideología y como herramientas de debate para la instrumentalización de la cultura.

El mismo Gálvez en otro capítulo de su ensayo sobre la novela, “La novela católica”, establecía que el “hombre católico” tenía aptitudes especiales para la novela pues “vive la vida sobrenatural”, lo que le permitía penetrar “las esencias” de la humanidad. Gálvez reclamaba que en su actualidad el novelista católico debía ser revolucionario, en el sentido de afirmar a Cristo y de plantear como tema la redención cristiana. Por eso, novela moralizante y novela católica no eran sinónimos. Gálvez otorgaba una función a la segunda que iba desde la enseñanza de la doctrina católica hasta la crítica “esencial” de la sociedad, la historia y el futuro.

La crítica a la sociedad por parte del nacionalismo de fundamento católico -sin dudas

1 QUATROCCHI-WOISSON en *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina* (1995) propondrá con este término designar al uso que el nacionalismo hizo de los diversos discursos historiográficos –ensayos, novelas, memorias, biografías- que se le servirán para disputar el sentido de la historia nacional: "En este contexto de profunda crisis, el revisionismo vendrá a legitimar y consagrar una identidad nacional quebrada. Invirtiendo los términos de un discurso histórico maniqueo, propondrá un programa de regeneración moral para que la Argentina recupere la grandeza que tuvo en una época mitificada y presentada como la edad de oro a reconquistar" (p. 104).

2 Cfr. FASSI, G. e IGHINA, D.: "La Literatura como función de la Historia en la novela popular de la primera mitad del siglo", en TORRES ROGGERO, J. y LEGAZ, M.E.: *Calíbar sin rastros. Aportes para una historia social de la literatura argentina* (1992).

IGHINA, D.: *El libro de los Reyes. Ensayo sobre el caudillo en la narrativa de Manuel Gálvez*, (1998).

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

mayoritario en el nacionalismo argentino- operaba con fuerza desde el golpe del general José Félix Uriburu en 1930, y su sustento radicaba en la supuesta imitación al “orden divino” por parte del orden social. Según Cristián Buchrucker (1987) el periódico *La Nueva República* había postulado, a través de Fulgencio Bedoya -una figura menor del nacionalismo católico- que el nacionalismo argentino era un movimiento de restauración del “orden eterno” que era a la vez una revolución contra "los síntomas de la muerte" (p.67). Las vinculaciones entre nacionalismo y cierta tendencia política de la Iglesia Católica, algo suficientemente estudiado en la bibliografía reciente sobre el tema<sup>3</sup>, permiten visualizar un agrupamiento de «imágenes intelectuales» sumamente eficaces para el propósito de lograr instrumentalizar la cultura. Tal instrumentalización homogeneizadora se construyó en realidad como una restauración doctrinal de los fundamentos culturales de la nación. Es decir, no se presentó como una mera operación política que justificaba un orden político dado, sino como una restauración cultural todavía más amplia y profunda que la que llevaban a cabo la crítica literaria nacionalista, el Revisionismo o el tradicionalismo folklórico. En este caso el proyecto cultural nacionalista intentó dar cuenta de los fundamentos últimos la “cultura nacional”, a la vez que otorgar un sentido moral inapelable a la instrumentalización cultural.

El nacionalismo católico, que según Buchrucker alcanza primacía en el nacionalismo que él llama “restaurador”, intentó dar una "visión teológica" al nacionalismo, a través de la interpretación de la filosofía de Santo Tomás de Aquino, lo que permitió postular al nacionalismo como testimonio intelectual y político de la verdad eterna:

"La mayoría de los ideólogos del nacionalismo restaurador -Meinvielle, Casares, Ezcurra Medrano, Llambías Villagra- consideraban que el realismo tomista siempre había formado el núcleo intelectual de la tradición nacional [...] El despertar del nacionalismo era interpretado como el inicio de un proceso, a través del cual la auténtica cosmovisión argentina habría de reconquistar su posición dominante en la cultura, la sociedad y la política" (BUCHRUCKER, 124).

Así, los nacionalistas católicos no intentaban sólo imponer desde el Estado la enseñanza religiosa obligatoria o postular un monismo en la relación Estado/Iglesia, sino investir sus proyectos políticos de una legitimidad superior. La instrumentalización de la cultura, y de la literatura, por inclusión, tendrá por función restaurar/instaurar una percepción extravagante de la cultura nacional: entenderla como legado divino, y su valor será entonces un valor condicionado por el plan de redención cristiano. Su función se deberá entender en la línea de la historia de la salvación. Desde

3 Cfr. BOSCA, Roberto. *La Iglesia Nacional Peronista. Factor religioso y poder político* (1997); ZANATTA, Loris. *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo 1943-1946* (1999); ROITENBURD, Silvia. *Nacionalismo Católico. Córdoba (1862-1946)* (2000) y LVOVICH, Daniel. *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires (2003).

## IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.

esta perspectiva incluso se podrían concebir los proyectos culturales nacionalistas como parte de una cruzada por la recuperación una cristiandad universal y temporal, tal como se imaginaba, desde el siglo XX, la Edad Media europea.

### Iglesia y Nación

En Argentina, luego del golpe de 1930 la relación entre Iglesia y Estado se reforzó brevemente, y algunos gestos –como la designación de Gustavo Martínez Zuviría, escritor nacionalista ultracatólico en la dirección de la Biblioteca Nacional- demostraron que la relación no se vio afectada sustancialmente en todo el período que va de 1930 a 1946, conocido en la historiografía como Década Infame. Sin embargo, el nacionalismo en general reclamaba una política que reconociera a la Iglesia y al catolicismo como elementos fundantes de la nacionalidad.

Nación y religión se confundieron a tal punto que, según Zanatta, el golpe de 1943 al adquirir un giro confesional y nacionalista evidente desde octubre de ese año, se llamó a sí mismo "argentinista"<sup>4</sup>: "Sobre la base de ese mito [el de nación católica], el catolicismo representaba el ADN de la nacionalidad. De acuerdo con su doctrina y sus valores morales y sociales se reconstruiría el edificio de la nación" (p.16)

Roberto Bosca, en una formulación quizás simplista, concibe al nacionalismo como una hipertrofia de la virtud del patriotismo, un egoísmo colectivo, en el cual los valores políticos adquieren un rango superior a los principios religiosos: "Por eso se ha podido decir, desde esta perspectiva de la fe, que no hay nada más contrario al espíritu cristiano que el nacionalismo" (p.32).

Pero es claro que, más allá de las disputas de administración eclesiástica, el catolicismo argentino y el nacionalismo resultaron complementarios y compatibles: mientras el segundo, en los momentos que tuvo el control del gobierno ofreció apoyo y promoción a las instituciones eclesiásticas, el primero proporcionó pautas culturales -la mayoría con matriz teológica- capaces de sostener con éxito los proyectos culturales nacionalistas en la sociedad argentina.

Si el catolicismo militante<sup>5</sup> ofreció a los militares el sostén ideológico de las dictaduras, y si

4 Zanatta señala que en el episcopado la reimplantación de la enseñanza religiosa en la escuela pública fue recibida como una reunificación del Estado argentino con su tradición cultural: "Esta medida, por otra parte -añadían los obispos- daba finalmente respuesta positiva a la larga campaña conducida por la Iglesia a favor de la educación católica. De ese modo, el gobierno no había concedido una regalía a la Iglesia, sino que más bien había restaurado su derecho divino de educar, tanto más necesario en Argentina, desde el momento en que la escuela, «si no fuese cristiana en un país católico, sería destructiva». Con ello, escribieron los obispos, reconociendo el triunfo de la «nación católica», el gobierno había recompuesto la fidelidad del país hacia sí mismo y su «tradicón católica», y robusteciendo la unidad espiritual de la nación «vinculando armónicamente su presente y su pasado»(p.114).

5 Zanatta indica la existencia también de "católicos liberales [...] relegados a los márgenes de las instituciones eclesiásticas, tendían a unirse a los partidos del viejo orden liberal en una protesta común contra el nuevo régimen" (p. 39). Si bien Zanatta se circunscribe en su análisis al período 1943/1946, esto puede trasladarse al conjunto del período

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

se reconocieron postulados nacionalistas en dicho apoyo ideológico, correspondido en medidas de gobierno, emergía claramente una interacción, trocada no pocas veces en confrontación, entre el bagaje intelectual nacionalista católico, basado en la tradición, y los tiempos modernos. Es decir, se enfrentaba una concepción teleológica y políticamente tradicionalista de la historia con una sociedad movilizada políticamente por el radicalismo yrigoyenista, los sindicatos y la Segunda Guerra Mundial. Así los intelectuales católicos nacionalistas debieron procurar respuestas que articularan estas dos situaciones. No pocas veces la opción elegida fue el sometimiento de la circunstancia histórico-social a los ideales de la tradición nacional-católica que promovieron los nacionalistas adscriptos al poder.

Esta situación llevó fundamentalmente a desarrollar proyectos culturales que apuntasen a salvar ese enfrentamiento, subsumiendo la segunda situación en la primera. Y así como Gálvez postulaba la novela histórica como herramienta eficaz para disputar exitosamente la “querrela historiográfica” -que es sólo un aspecto de este enfrentamiento entre tradición y «tiempos modernos-, la novela católica se constituyó en un instrumento eficaz para plantear y resolver este desencuentro entre el legado católico-nacional y la escena contemporánea.

Los intelectuales nacionalistas católicos no sólo procuraron una reforma política que “purificara” los partidos políticos, obligándoles a compartir una misma concepción de nación -para aquellos una construcción inmutable, como el dogma-, sino que también pretendían imponer el magisterio católico sobre la cultura, en un sentido amplio, que involucraba tanto las expresiones letradas como las populares. Entonces es posible entender el proyecto cultural del nacionalismo católico como doctrina, en el sentido ya expuesto, pues no sólo implicaba la adaptación de la realidad vivida, la cultura, a las morales católicas -con pretendidos fundamentos teológicos en el dogma- sino también la comunicación de las proposiciones católicas nacionalistas sobre el sentido de la historia y la cultura nacionales.

**Crisis y prospectiva**

La instrumentalización de la cultura en el campo de la literatura no se limitó a considerar a esta como un elemento útil para explicar la historia argentina, sus corrientes, márgenes y silencios. El nacionalismo en realidad intentó disputar la posibilidad de (re)crear o (re)conocer un relato

---

más prolífico del pensamiento nacionalista en Argentina. Las discusiones de Castellani ya relevadas, las apreciaciones de Doll sobre la «novela católica», dan cuenta del mayor alcance de esta aseveración de Zanatta. La disputa interna dentro del catolicismo será tematizada por Castellani y convertida en eje central de debate en la narrativa de este escritor.

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

histórico que supusiera la asunción de la historia cristiana, en tanto sentido al cual se acomoda la historia nacional.

Quizás, en el campo de los estudios de la literatura y la cultura, el sesgo socio-histórico que adquieren las disciplinas sociales desde la Década Infame privilegia el estudio del origen de los conflictos culturales, sociales y políticos argentinos. Desde las remotas guerras civiles del siglo XIX, hasta los avances y percances de la inmigración europea en el Río de la Plata, pasando -rápidamente- por el genocidio indígena, la crítica literaria intentó cimentar, de modo similar al nacionalismo, una lectura de la literatura argentina en relación inescindible con la crisis general del país. Tórnase necesario especificar qué definimos aquí por crisis. Entendemos por crisis no la situación dificultosa o complicada, sino el movimiento perpetuo, la mutación constante. Vale decir: una mutación constante de los cimientos y elementos políticos y culturales sobre los que se construye el Estado-nación.

Los cambios periódicos de moneda, de leyes, de los fundamentos simbólicos del país, configuran una idea de crisis permanente y, a la vez, cambiante. La crisis es entonces el desplazamiento incesante más que un estado; ni siquiera es un estado transitorio, sino el cambio mismo, la mutación de formas, de conceptos.

Crisis, entonces, como la movilización constante de la sociedad y la cultura de acuerdo a proyectos políticos, en sentido amplio, que operan, al mismo tiempo, como vías y metas nuevas de cohesión sociocultural. Es decir, la crisis no la entendemos aquí como un momento conflictivo de un estado determinado de conformidad, sino como una cadena de situaciones que conforman la historia de una sociedad, la argentina en este caso, que pretende cohesionarse como una comunidad nacional. En otros términos: se percibe, desde el nacionalismo, el desarrollo histórico del Estado-nación argentino como un apartamiento y rechazo de los verdaderos valores fundantes de la nación.

La adaptación constante del Estado-nación al mundo, promovió en el nacionalismo tensiones no resueltas. Oscilaciones entre ensayos oligárquicos de control del Estado, tibias formulaciones de democracia dominada por grupos burgueses y movimientos políticos revulsivos que reencauzaran las consignas organizativas del Estado, constituyeron los sucesivos anhelos políticos del nacionalismo argentino. Tales tensiones y oscilaciones intentaron la adecuación de la sociedad nueva del siglo XIX a los escurridizos patrones de la modernidad del siglo XX. Sin embargo las adecuaciones fueron pensadas como respuestas contrarias a lo que se entendía como un ethos moderno, antitradicional, vale decir anticatólico y antihispánico. Así la adaptación a la historia moderna de occidente fue verdaderamente un rechazo por esa modernidad. Posiciones

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

extremas como las de Julio Meinvielle<sup>6</sup> conformaban el diagnóstico nacionalista sobre la contemporaneidad occidental. En ese sentido la disputa por la interpretación de la historia nacional y la instrumentalización de la cultura no eran fines en sí mismos sino intentos por reorientar la historia occidental, considerada como mundial. En eso consistía para los nacionalistas el desafío de la modernidad.

El nacionalismo fue entonces un intento de estabilizar el relato histórico para una adaptación feliz en occidente. Vale decir que el nacionalismo constituyó una manera de inserción de la sociedad argentina en el relato histórico de occidente. Pero la adaptación nacionalista, en tanto reconoció un marcado rechazo de la modernidad, pretendió negar la crisis, en el sentido definido aquí, y tendió a tratar de estabilizarla, de dominarla. Transformó lo que debía ser un movimiento constante en un punto fijo desde donde la historia nacional debía ser entendida y desde donde, también, se restauraría la nación anhelada. La adaptación nacionalista fue una operación que buscó “salvar” al país mediante su inserción en una lectura de la historia donde ni Argentina ni América se constituirían en verdaderos sujetos.

La disputa por la revisión de la historia argentina lanzada por los nacionalistas en la década de 1930 tuvo como objetivo situar a nuevos intelectuales en los polos antinómicos de Sarmiento - pero sólo aparentemente- para así generar las posibilidades de nuevas canalizaciones de la crisis, por entonces desbordante. Si desde la narrativa y el ensayo se desarrolló con más eficacia aún la relectura de la historia fue porque estas vías permitían una mayor explicación de los puntos debatidos y, en consecuencia, triunfar en un debate que hasta entonces había oído sólo la voz de los intelectuales liberales.

No obstante la preponderancia del debate histórico para la canalización de la crisis, e incluso para su comprensión, resultaba también útil, para el nacionalismo combatiente, señalar, describir, otear el futuro de esa crisis. Es decir, se debía intentar validar las distintas propuestas estableciendo el futuro de la historia, ya que era imposible abolirla en su totalidad en el presente. Se trataba, en definitiva, de llegar al fin de la crisis, en un marco de metas alcanzadas, de final del movimiento, de detención absoluta, o cuando menos de inminencia. Ya no bastaba con la apropiación del pasado, se debía, como en el esquema bíblico, profetizar, completar la historia, cerrar los sentidos. Entonces, una de las formas de acción de los intelectuales católicos sobre la crisis, además de apelar a un pasado hispano-cristiano como base de la nacionalidad y desplegar una literatura moralizante, fue establecer los recorridos futuros de la nación y del Estado si prevalecía alguna adopción de

---

6 “Con el liberalismo, el socialismo y el comunismo se disuelven todas las instituciones naturales y sobrenaturales que habían constituido al cristianismo. Las estructuras de las naciones cristianas se rompen. Los pueblos no se proponen objetivos misionales ni empresas políticas. Se transforman en conglomerados de individuos movidos por el bienestar puramente económico...” (p.114).

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

occidente contraria a sus premisas ideológicas. Se procuraba así profetizar el fin de la historia y el inevitable fin de la crisis.

Para el sacerdote Leonardo Castellani la crisis era más bien "desesperación". Basándose en el historiador católico inglés Hillaire Belloc<sup>7</sup>, quien hacía un análisis del apogeo del mundo romano, afirmaba que la opulencia y la instalación de un orden político y cultural supranacional -algo que los nacionalistas católicos denunciaban como consecuencia de ideologías como el liberalismo y el socialismo- desvinculado de la fe, conduce al hombre a una aguda conciencia del sinsentido de su existencia y su obra. A este estado de ánimo lo llama «desesperación»: "Esa desesperación pagana hace irrupción actualmente en el mundo neopagano a través de la literatura de los países protestantes; y su siniestro *glas* es el toque de sálvese quien pueda para toda una civilidad descristianizada" (CASTELLANI, 1984, p. 20).

A esta desesperación ontológica correspondía una literatura que testimoniara el estado de ánimo de la modernidad "neopagana", en términos de Castellani. Con contenidos filosóficos y teológicos rechazados por el catolicismo combativo de los nacionalistas, la literatura moderna europea era entendida como una exposición de la «desesperación». El caso de Kafka es ejemplar para Castellani: las atmósferas de opresión, de enfermedad y oprobio, la desesperanza de los protagonistas de los relatos kafkianos, y su «éxito» entre los escritores del siglo XX, constituían formas de "comunicación del infierno". Esto, que Castellani advertía en Kafka pero que extendía a casi toda la literatura occidental del siglo XX, se agudizaba en lo que él llamaba literatura de «futurismo» y «fantaciencia», que sólo proponía la descomposición de la humanidad, permanentemente alejada de Dios.

Dentro de la «instrumentalización de la cultura» que llevó a cabo el nacionalismo es de suponer que se intentara revertir la "desesperación" de la modernidad europea mediante el recurso tan eficaz de la narrativa, que había probado, con Manuel Gálvez, su capacidad de generar polémica sobre los asuntos de interés para el nacionalismo. Así, frente a las novelas utopistas y futuristas de la "desesperación", se elaboró en Argentina una serie de textos novelísticos cuya evidente pretensión era situar en el país el futuro de la humanidad, pero basados en la interpretación católico-nacionalista de la historia.

No se propondrá entonces una prospectiva de un futuro sentido como nefasto, sino

<sup>7</sup> BELLOC, Hillaire: *La crisis de nuestra Civilización* (1940). Castellani cita el siguiente pasaje: "¿Cuál fue el resultado común anímico de todas estas cosas combinadas? Una sociedad greco-romana universal, a través de la cual una cantidad de individuos circulaba sin restricciones, ejerciendo el comercio, maniobrando el mundial ejército, viajando por curiosidad o para cultivarse, y por todas partes cambiando ideas, informándose y aprendiendo, produciendo un estado de ánimo en el cual el problema metafísico de la muerte y la supervivencia se imponía espontáneamente. Entonces, a través del mundo pagano entero, con todo su esplendor y su noble aprecio de la belleza y el orden, se oyó una nota estridente y dominante ¿Qué nota era? DESESPERACIÓN" (CASTELLANI, 1984, p. 19).

## IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.

imaginado como anuncio e interpretación del futuro de la nación según una lectura particular de las profecías bíblicas, sobre todo las expuestas en el *Apocalipsis* de San Juan.

Esta lectura, hecha siempre desde los intereses inmediatos del nacionalismo, actuaba tanto sinecdóquicamente (en la nación se veía el mundo) como de modo revisionista, porque una lectura del futuro es siempre una crítica del presente –como lo expone Castellani al comentar *Oro*, una novela antisemita de Wast:

"Esta gente de aquí necesita imprescindiblemente que le hagan ver cantando o contando *las cosas que tenemos entre manos* [...] esta gente de aquí tiene entre manos nada menos la religión, la política, los negocios, el trabajo, los hijos, la crisis, el incidente idílico honrado y maravilloso que acaba en el matrimonio, y la vida internacional reflejada simplistamente como un partido de fútbol por nuestra gran prensa noticiera macaneadora.

Entre otras cosas. Déso hay que hablarles" (CASTELLANI, p.82).

Dos autores resaltan en este intento de escribir ficción futurista o apocalíptica: Hugo Wast (Gustavo Martínez Zuviría) y el mismo Leonardo Castellani.

### La ficción apocalíptica<sup>8</sup> y la exclusión del otro: el antisemitismo

Hugo Wast –cuyo verdadero nombre fue Gustavo Martínez Zuviría-, el más prolífico y comercializado de los novelistas argentinos, en una sombría saga antisemita profetizó la historia del país y del mundo a partir de 1920. Cuatro novelas, ya mencionadas, *El Kahal* (1935), *Oro* (1935), *Juana Tabor* (1942) y *666* (1942), narran el enfrentamiento del Anticristo -encarnado en el pueblo judío- y el pueblo católico, liderado por paladines de origen hispánico. Entre ambos contendientes sucede una sorda guerra de intereses comerciales, que tiene a la Argentina como campo de batalla, pero que es sólo un momento de tribulación antes del fin de la historia mundial, permanentemente recordado en las novelas.

*El Kahal* narra un país liberal minado por sus propias instituciones, debilitado en sus tradiciones por la presencia inconveniente de los extranjeros. Pero sobre todo presenta una sociedad indiferente ante una conspiración internacional en su contra: la Sinarquía, dominada por el Kahal -

8 Incluimos nuestra categoría ficción apocalíptica en la que da Fernando Reati para literatura de anticipación: "Es muy significativo por lo tanto que, junto al advenimiento de esa versión light de la novela histórica despojada de referencias críticas sobre el presente, comenzara a surgir el pequeño pero ilustrativo grupo de novelas de anticipación que trato aquí. En ellas se verifica un desplazamiento cronológico opuesto al de la novela histórica –no ya hacia el pasado sino hacia el futuro- que induce a reflexionar críticamente sobre el presente [...]. En pocas palabras, se trata de un desplazamiento cronológico que nos lleva hacia el porvenir y nos hace ver el mundo real reflejado en el espejo levemente deformante de futuros hipotéticos para producir un comentario irónico sobre el presente" (REATI, 2006: 15).

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

una suerte de consejo secreto de los judíos situado en Nueva York y cuyo fin es el control económico del mundo-, pretende controlar el país y el mundo.

El personaje principal de *El Kahal y Oro*, Zacarías Blumen, es un judío argentino que gobierna la Sinagoga de Buenos Aires, además del sistema bancario nacional. Sus operaciones financieras corrompen y controlan no sólo las economías privadas de los grandes terratenientes, y a través de ellos las de la mayoría de la población, sino también al mismo Estado nacional.

Pero en realidad a Wast no le interesaba, en momentos de notoria corrupción económica y de innumerables negociados protagonizados por hombres del gobierno, registrar las convulsiones económicas y sociales del país, como hacían otros nacionalistas. Le interesaba, en cambio, desarrollar una tesis solamente enunciable desde el nacionalismo: la crisis de la Década Infame obedece ante todo al olvido de los valores nacionales basados en el catolicismo, de lo cual se desprende la crisis económica.

Fernando Adalid, tal el nombre del héroe de la novela, es un miembro de la clase dirigente porteña que enfrenta exitosamente la amenaza financiera del Kahal. Pero este hombre no participa de los preceptos liberales de su clase y profesa un catolicismo militante que será la base de su salvación y de la del país.

Adalid y Blumen son adversarios declarados. El judío, en un negocio realizado en la Sinagoga, compra a los miembros de su comunidad el derecho exclusivo de trabar relaciones económicas con la familia Adalid. Diversas situaciones le facilitan, a lo largo de más de treinta años, llevar a la ruina a la familia patricia, salvo a Fernando, único que, advertido de las maniobras de Zacarías gracias al libro *Protocolos de los sabios de Sión*<sup>9</sup>, logra evitar someterse al poder de la sinagoga.

Wast distingue de modo disfórico al judío: un tipo alejado del trabajo, de la producción y empecinado en separarse del resto de la sociedad:

"Pantalones estrechos y verdosos, como fundas de clarinete, cuyos bordes luidos apenas llegaban a la caña de los botines elásticos.

Tez pálida, con la palidez ritual de un cabrito después que el rabino lo ha sangrado, para que sea kosher (puro) y puedan comerlo los fieles. Ojos como pedazos de hulla, vivos, escrutadores. Barbas retintas y manos suaves, largas, alabastrinas, de uñas enlutadas" (WAST, 1954, p.9).

<sup>9</sup> *Los protocolos de los Sabios de Sión* es un libelo fabricado por la policía zarista en el cual se revelan las supuestas directivas de los líderes judíos para conquistar el mundo. La veracidad de este «documento» fue sostenida por Henry Ford en un famoso libro del que se adjudicó la autoría: *El judío internacional* (1920). Si bien para 1927 Ford se retracta de su libro y la justicia suiza declara la inautenticidad de *Los Protocolos...*, desde mediados de 1924 estos textos circularon profusamente en Argentina, incluso más cuando en 1936 Goebbels proclama la veracidad del libelo antisemita. Sobre las peripecias y repercusiones en Argentina de *Los Protocolos...* Cfr. LVOVICH, Daniel: *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, 2003.

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

Esa descripción permite configurar un sujeto que será útil como un «otro» respecto del prototipo nacional, no por marcas diacríticas específicas, sino porque el judío como tipo es mostrado totalmente desagradable y claramente antimodélico. Es decir, Wast así como pretende encarnar los valores nacionales, necesariamente católicos, en un personaje como Adalid, también encarna los antivalores no en un argentino sin marca, sino en alguien sobre el que supuestamente pesa el estigma de una maldición divina.

Wast despliega en sus novelas antisemitas los elementos básicos para la construcción de un antagonista antinacional. Valiéndose de las opiniones y prejuicios persistentes en la percepción que tiene buena parte de occidente respecto de sus supuestos enemigos, construye una historia universal que se articula con una maniquea concepción de la religión. Ésta es presentada como una lucha entre la «judería» -dixit- y los cristianos:

"Adalid abrió al azar el famoso libro de los Protocolos.

«Para que los cristianos no observen nuestra política, es esencial entretenerlos y llamar su atención hacia el comercio y la industria... La base del comercio debe ser la especulación.

Las continuas especulaciones crearán una sociedad desmoralizada, egoísta y sin corazón. Esta sociedad acabará por volverse indiferente a la religión y a la alta política; su sola guía será la pasión por el oro» [...]

La idea cristiana es la igualdad de los derechos específicos fundamentales: el derecho a la vida, a la familia, a la libertad, a la educación. El concepto judío es la igualdad electoral: lo mismo vale el voto del Arzobispo de Buenos Aires, o del Rector de la Universidad, que el de asesinos, ladrones y rufianes. Lo mismo el voto del hombre ilustrado, que sabe por quién vota, que el del analfabeto o del atorrante, que lo venden por un vaso de vino" (WAST, 1954, p. 191 y 193).

La cita precedente permite ubicar un fácil campo de oposiciones entre los cristianos y los judíos: unos corresponden a una aristocracia nacional y los otros hacen del planteo democrático una bandera de engaño. En tales ideas se resume buena parte de la crítica nacionalista a la democracia. Ésta no era más que demagogia que subvertía los valores primordiales sobre los que se consideraba fundada la nación. Estos valores eran, según la propuesta de Wast, la familia, como núcleo de la sociedad, donde la autoridad paterna se manifestaba claramente; la tradición -encarnada en la práctica de la religión y el uso de la lengua heredada-; y la jerarquía de los mejores -la aristocracia patricia-. Estos valores se correspondían con los del Tradicionalismo español de Juan Vázquez de Mella y José Donoso Cortés: Iglesia, familia y comunidad. Otro tipo de valores eran para Wast en realidad antivalores, postulaciones engañosas que buscaban quebrar el orden sobre el que se levantaba la nación. Así el sufragio universal, la política inmigratoria, manifestaban el quiebre del

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

orden social «natural» de la nación.

No es extraño entonces que en *Oro* el poder de la alta finanza sea extranjera: los dueños de Argentina son nombrados como judíos checos, polacos, holandeses, alemanes, que "gracias a las leyes liberales" argentinas se apropiaron de todo. Esto, que Daniel Lvovich denuncia ya en *La Bolsa* (1890) de Julián Martel, es presentado en clave escatológica por Wast: la finanza judía es la encarnación del mal y agente del Anticristo. En una reunión del Gran Kahal, el Rosch -líder- Silberstein, exclama:

"El oro, matriz de donde reventará la guerra que arrasará al mundo cristiano, y levantará el trono de David para que surja el rey de su sangre, el Anticristo, que formará un gran ejército rojo, suprimirá los gobiernos, destruirá los Estados, sofocará la anarquía; y los pueblos serán marcados en la frente y en el brazo con su cifra, como anuncian los libros de los goyim..." (WAST, 1935p, 351).

Esta maldad esconde una idea de la historia que supera la historia nacional. Es decir: toda arremetida contra la nación, contra su cultura y su organización se basa en una concepción de lucha permanente entre cristianos y judíos, y en esa lucha se inscribe la disputa entre los hombres de derecha -Adalid es el candidato a presidente de los nacionalistas- y los que confían en el sufragio universal -Blumen-. El nacionalismo católico de Wast fundamenta su carácter de tal en una visión teleológica de la historia mundial, donde lo nacional es sólo un momento. Si la religión cristiana es la «verdad» revelada del sentido de los hombres y de la Historia, ésta se orienta a la salvación de la humanidad, ése es su fin. Esto es lo que la doctrina católica llama el Plan de Salvación y es el bien de los hombres en la Tierra. Esta concepción medieval y simplista de la religión y de su papel en las sociedades es planteada por Martínez Zuviría como explicación a la crisis de la nación en Argentina. Así sostenía sin tapujos la idea de un complot internacional contra el país e incluso enunciaba que tal situación se veía favorecida por el sistema político argentino:

"¡Peor para ellos, que no ven el porvenir de Israel en un país que, con virginal inexperiencia y desde la primera hoja de su Constitución, se ofrece a todas las razas del mundo como una granada que parte!

Todas las razas no son igualmente temibles, porque no todas son igualmente capaces para las conquistas modernas. Ha concluido la hora de la espada. Ha pasado la era de los cartagineses, romanos, árabes, españoles, franceses, hombres de hierro y de sangre, vencidos, aplastados por las ideas económicas.

[...] En esto piensa Blumen, encorvado sobre el asiento. ¡Parécele sentir el carro del Anticristo sobre ruedas de oro, tirado por los economistas cristianos! [...] Será el Mesías" (WAST, 1935, p.15).

La cita rápidamente presenta la visión que tenía Martínez Zuviría sobre el sentido del

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

supuesto poder de Israel. El fin del complot judío es la concreción del plan perverso del Anticristo - presentado como el Mesías esperado por Israel- que a su vez se vale de la debilidad liberal de las naciones para coparlas y dominarlas.

La tesis conspirativa de Wast, en un contexto de crisis económica, de ascenso al poder de los totalitarismos racistas europeos, y de la Segunda Guerra Mundial, reclamaba una revisión de las bases políticas sobre las que se asentaban la sociedad y el Estado argentinos. Entonces el ciclo novelístico de Wast intentó avanzar sobre el fin de la historia, a partir de los males presentes, según la peculiar mirada del autor. Las tribulaciones finales del Anticristo, su victoria primera y efímera, resultaban así de la imposición impía de la democracia plebeya, del abandono de la moral tradicional y del desprecio de la estratificación social. En otros términos: la crisis provocaba la imposibilidad de la adaptación de la sociedad argentina a la historia de occidente, que para Wast era la Historia de la Salvación, según su particular idea del cristianismo.

Si para los nacionalistas la "plenitud de las naciones" significaba la "evangelización de todas las estructuras culturales", toda nación debía representar un orden político y cultural católico. Como vimos al comienzo de este ensayo, fundar de modo incommovible la sustancia de la nación en los valores homogeneizadores de la religión, obliga a una identificación entre Estado nacional e Iglesia, en un plano político, y entre nación y religión en un plano cultural. Por lo tanto desplegar una suerte de ataque y descalificación contra los enemigos de la religión, implicaba también confrontar con los enemigos de la nación.

En un artículo titulado "De Insolentia Judaeorum" Castellani, basándose en el pasaje evangélico de Lucas que sentencia el fin de los tiempos (Lc. 21, 20-25), afirmaba que los judíos carecían de toda tradición patria, porque constituían una raza y ya no una nación. Su acción en una sociedad nacional resultaría siempre una "insolencia" contra el orden nacional católico. Su atrevimiento consistía en fundar un orden supranacional desvinculado de la nación. Esto era "el problema judío" para los nacionalistas. Por eso Castellani explicaba:

"Pero los pobres judíos (y esto me da lástima en ellos) son como te dije arriba, un cuerpo étnico que no puede ser nación, un «Corpus Mysticum» unido por el lazo invisible de una religión falsa, una especie de Iglesia sin cabeza [...]

Judíos malos y judíos buenos forman todos un conjunto histórico y étnico (y también ende psicológico), una especie de «corpus mysticum» al revés, que se llama para nosotros «el problema judío»" (CASTELLANI, 1984, p. 53).

Adviértase que para Castellani las concepciones usuales de nación -grupo étnico, comunidad histórica- no eran suficientes; una nación debía ser una asociación humana fundada en

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

un principio trascendente: la religión. Por eso el debate del nacionalismo se daba tanto a nivel político como religioso y de allí su identificación plena con el franquismo, más que con el nazismo o el fascismo.

Los judíos no podían ser una nación, desde el momento en que su religión era considerada falsa, por más homogeneidad aparente que presentasen<sup>10</sup>. El "problema judío" consistía entonces en su perturbación de la fe católica, que resultaba de una supuesta intención de reconstituir una nación judía a costa de las naciones cristianas. Pero eso no se daría, según el Evangelio, hasta que se cumpliera el tiempo de los gentiles, es decir el fin de la era cristiana. Para verificar tal fin deben darse signos evidentes de ese momento. Mientras tanto todo orden cristiano debía oponerse a la disolución de las naciones pues su deber consiste en dar testimonio de su pertenencia al "cuerpo místico" de la Iglesia, que a su vez lo es de Cristo. La unión con la religión se convertía en una necesidad existencial trascendente, y fin último, para la nación. Por eso se encontraba fatalmente enfrentada a los judíos: su existencia y sentido dependía de que aquellos no fueran, de algún modo, nación.

Pero, siguiendo la concepción nacionalista de la historia, el "fin del tiempo de los gentiles" es el fin de todo tiempo, y éste se dará luego de la "Gran Tribulación", asociada según el *Apocalipsis*, con el Anticristo y la apostasía de los creyentes. Este último gran pecado, en la tradición católica, se asocia a la apostasía del Estado: el primer apóstata recordado fue el emperador romano Juliano. Así la apostasía apocalíptica es, también, la apostasía de las naciones.

Para el nacionalismo católico la apostasía de las naciones comenzó con el Estado liberal, que permitió la incorporación a la nación de elementos disolventes. Cuando Castellani estudiaba, en "De Insolentia Judaeorum II", las causas de la decadencia carolingia, aducía que una ellas fue la aceptación sin más de los judíos en el poder económico, político y cultural del imperio franco. Del mismo modo el Estado liberal argentino, al permitir que los enemigos teológicos de la nación participasen en su dominio, sólo fomentaba su propia destrucción, la de la nación a la que representaba y la del orden católico en el que esta se inscribía:

"La solución liberal del llamado problema judío consiste en negar el problema. El liberal ignora la naturaleza, quiero decir la naturaleza «concreta» que para el cristiano es una naturaleza «caída». El liberal cree con tenacidad dogmática en la Fraternidad Universal y Laica, cree en la Fraternidad seclusa de la Santidad, en la

<sup>10</sup> En *Juana Tabor y 666*, Wast insiste en mostrar el carácter de tierra de hordas, de "desierto", que tiene la mayor parte del espacio fuera de occidente. Esto lo lleva a impugnar cualquier sentimiento de patria -que en el nacionalismo argentino equivale a nación- en los otros no cristianos. Esto le permite afirmar, otra vez, que serán los no cristianos soldados y agentes del Anticristo: "Ella [India], la cuna de la raza libertadora de Europa, la raza aria, nunca en veinticinco siglos pudo libertarse a sí misma. La verdadera patria de un hindú no es la tierra, sino la casta. Aunque geográficamente sea un solo territorio, no es un solo país, sino muchos países yuxtapuestos, que se repelen y se debilitan", (WAST, 1975, p.305).

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

hermandad de todos los hijos de tantas madres prescindiendo del Padre Celeste, y sin ninguna necesidad del Padre Celeste, y sin ninguna necesidad del Padre Nuestro [...] Los judíos perseguidos apelando a nuestra «liberalidad» de cristianos. Los liberales liberalescos derramando sus lagrimitas sobre la terrible desdicha de Israel, incomprensible para ellos." (CASTELLANI, 1984, p.166).

Para Castellani, además, el judaísmo como supuesto agente antinacional se volvía aún más peligroso porque fomentaba un nacionalismo territorial propio -el sionismo-, un internacionalismo financiero -el capitalismo-, y una confusión intelectual antirreligiosa y antinacional, una violencia mística, en definitiva, encarnada en pensadores como Freud, Marx, Heine, Bloch y Einstein. Todos estos peligros fomentaban la negación del carácter primordial y trascendente de la nación católica.

Pero como se trata de una visión de mundo centrada en un plan trascendente de salvación, Castellani presentaba como forma de evitar la apostasía, una alianza entre la Iglesia y el pueblo de la nación, la que sólo podría darse si la Iglesia rompía con el Estado liberal. Por eso no proponía un césaro-papismo, sino una vocación política de los católicos que produjera cambios políticos. Así el disputar el control del Estado, como forma de asegurar el orden católico de la nación, se mostraba como una obligación de los creyentes, y esa obligación se daba en dos niveles simultáneos y complementarios: el político y el cultural.

Castellani hablaba de una separación religiosa, jurídica y política de los judíos en todas las naciones cristianas para «evitar» su acción antinacional y la del antisemitismo pagano<sup>11</sup>. Pero este gueto deseado por Castellani no era más que el expediente violento de un proyecto de homogeneización de la nación; y la asociación del pueblo judío con el Anticristo sólo buscaba otorgar valor trascendental a esa política de exclusión.

Las profecías del fin de la historia humana y el antisemitismo se convierten entonces para el nacionalismo en herencias interpretativas de occidente, no ya como el legado de la modernidad europea, sino como las claves exegéticas, de la historia y la cultura, que ofrecía la misma Europa.

Así el antisemitismo constituyó una opción política pragmática, porque respondía a los requerimientos de homogeneidad de la nación y procedía de una larga tradición de interesado enfrentamiento: el judío era un enemigo de siempre, y la certeza de su enemistad hacía verosímil la necesidad de la exclusión del otro. Esa exclusión estuvo entonces, en un comienzo, orientada hacia el otro interno/externo de occidente, y fue entendida como una necesidad de autodefensa. Era, en todo caso, un modo de satisfacer, con posibilidades de éxito, los reclamos de homogeneidad del conservadurismo argentino; un modo de comenzar con la seclusión y rechazo del otro.

<sup>11</sup>Lvovich en **Nacionalismo y antisemitismo...** ha descrito las distintas formas de resolver el «problema judío» en el nacionalismo argentino. Desde la pura simple eliminación –en los sujetos más cercanos ideológicamente al Tercer Reich- hasta la «aceptación» resignada de la presencia israelita en el país. Según este autor la postura de Castellani fue la más moderada y «realista», aunque nunca abandonó la idea católica tradicional del gueto judío.

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

Esas herencias interpretativas son las que Hugo Wast puso en juego en sus dos novelas apocalípticas de 1942: *Juana Tabor* y *666*.

En estas dos novelas Martínez Zuviría narra la situación mundial en 1978, 1988 y 1998. Las tres fechas son las marcas temporales que van jalonando, tanto la historia precipitada del mundo de fines de siglo XX, como las etapas formativas del Anticristo. Hacia 1978 el mundo ha cambiado a consecuencia de sucesivas guerras internacionales que dieron como resultado un «nuevo orden», que permite que impere un «anarcocomunismo» en los países periféricos. En Europa se han restaurado grandes monarquías medievales, aunque en constante tensión con el Vaticano. Buenos Aires es todavía capital de la Argentina, pero ha perdido la parte austral de la Patagonia a manos del reino de Chile. Es una ciudad contaminada donde viejos edificios conviven con rascacielos impresionantes y ultramodernos. Los principales gobiernos del mundo han abolido el dinero, aunque la diferencia entre pobres y ricos persiste gracias a que el petróleo ha sido sustituido por el oro como combustible y su posesión marca la diferencia de clases. Claro que los grandes poseedores del metal precioso son los judíos.

No hay ejército, porque la democracia anarcomarxista lo abolió y destinó su presupuesto a la educación de primeras letras. Una mujer judía es presidente, Hilda Liberman, y su poder se basa en su inmensa riqueza. Ejerce una suerte de «dictablanda» organizada sobre la incompetencia gubernamental, la corrupción popular y el apoyo de los grandes comerciantes argentinos. Argentina es un país débil, que comparado con sus vecinos ha quedado rezagado en expansión territorial y pende sobre él la amenaza del imperio del Brasil y del reino de Chile.

Europa muestra un mapa medieval: España ha unificado la península ibérica y ha restaurado la monarquía, gracias a la «cruzada» de Francisco Franco. Alemania intenta restaurar el Imperio Romano Germánico, y domina Europa desde el Mar Negro hasta Escandinavia. Francia es una república débil, corrompida, como Argentina, por su adhesión a sistemas políticos supranacionales y su aceptación sin trabas de los judíos. Italia ha reconstruido en el Mediterráneo su imperio; se extiende sobre África y coronó a su monarca como emperador. Rusia ha cambiado su nombre por el de Satania, y profesa una «anti-religión» porque adora secretamente a Satanás. Inglaterra perdió su imperio ultramarino y el resto del mundo es un territorio descolonizado y dominado por inmensas hordas que, como Gengis Khan, intentan construir vastos imperios bárbaros. Entre esas masas bárbaras dos movimientos se destacan: el panislamismo y el sionismo, su fuerza es evidente y su éxito próximo.

La Iglesia Romana prácticamente carece de universalidad, al volverse nacionales la mayoría de los cleros del mundo. En Buenos Aires, por ejemplo, sólo queda una orden católica, la de los Gregorianos, el resto, los menos entre los sacerdotes, o ha abandonado su estado clerical o se

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

encuentra oculto y perseguido.

Esta descripción geopolítica que hace la novela de Wast no es algo intrascendente. El futuro apocalíptico encuentra un mapa mundial que ha regresado a una situación previa a la expansión europea: Estados Unidos es un país menor, Rusia es una autocracia sangrienta y marginal de Europa. Esta última ha retrocedido a un improbable tiempo de territorios dinásticos. Occidente, sin duda, vuelve a un pasado pre-moderno; todavía conserva su preeminencia, aunque nuevamente el oriente asiático se alza como adversario de su preponderancia. Vuelve el antiquísimo enfrentamiento entre oriente y occidente, que durante 2000 años - desde la invasión persa a Grecia, hasta la caída de Constantinopla- fue el eje de la llamada historia mundial. Pero ya no hay un optimismo pagano, ni un orden cristiano, que fortalezca a occidente. Su "desesperación" lo ha llevado a forjar dictaduras monárquicas sin base religiosa. Son una suerte de estados paganos reestablecidos por el arbitrio de un tirano que desconoce la autoridad papal, y en ellos no existe una homogeneidad reconocida, ni religiosa, ni cultural. Pero sí constituyen un orden supranacional: se trata de imperios, reinos y principados que se dedican a su expansión territorial mediante la guerra o el matrimonio, como en la Europa medieval. Pero ese orden no es católico, carece de la universalidad legitimante de la fe, y se basa en la mera voluntad de gobernantes prescindentes de la Iglesia. Estos estados no son naciones, ni forman tampoco un orden universal católico.

Wast no sólo pretendía así descalificar el efecto moral de la Revolución Francesa, sino que mostraba un mundo regresivo y degradado como consecuencia de esa misma revolución. Es un mundo napoleónico, caprichoso e inestable, que restaura viejos reinos con una apariencia nueva, pero sobre el orden nacional pisoteado.

Federico Ibarguren, en consonancia con Wast, leía de este modo el legado revolucionario europeo:

"Aquella pragmática revolución industrial -basada en el maquinismo y la tecnificación especializada- nació a la historia en la Inglaterra dieciochesca, es cierto, pero sus proyecciones comunitarias actuales son múltiples y se extienden al universo entero -deshumanizado hoy por hoy-; en cambio, el sectarismo jacobino -anticristiano y negador de la historia- originado en la Francia revolucionaria de antaño, sólo se da ahora -bajo recetas marxistas- en naciones divididas por dentro, agnósticas, descristianizadas a fondo, avasalladas por minorías facciosas, como ocurre con Rusia desde 1917; o en antiguos pueblos paganos de tradición esclavista de la milenaria y superpoblada Asia oriental, incluyendo la no civilizada África negra" (IBARGUREN, p.195).

En el fragmento de Federico Ibarguren que hemos transcrito se destaca el surgimiento, gracias a la Revolución Industrial inglesa, de una era de maquinismo, de desarrollo tecnológico deshumanizante. La máquina hace proezas industriales capaces de suplantar funcionalmente al

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

hombre. Lo que es leído como un hecho industrial, se traslada rápidamente a un plano comunicacional: primero la modernización de los transportes, el achicamiento de las distancias físicas entre las naciones, luego la desaparición virtual de las distancias entre interlocutores y, por ende, la rápida y libre circulación de ideas y sistemas de pensamiento, con el agregado de la instauración de lenguas francas sustitutivas del latín, la lengua católica. La Revolución Industrial inglesa, tanto como la revolución de 1789, colaboran en borrar límites, fronteras lingüísticas, territoriales, simbólicas; en otros términos: hacen del orden católico de las naciones un orden supranacional -en términos actuales, global- que niega el sentido teleológico de la historia católica. Incluso, esta revolución industrial y tecnológica incorpora, de modo indeseable para los nacionalistas, a los paganos excluidos del grupo protagonista de la historia. No de otro modo se debe leer la alusión de Ibarguren a la "esclavista" Asia oriental y a la "no civilizada" África negra.

La tecnología en sí misma es vista como signo apocalíptico. Los anuncios de San Juan revelando los portentos del Anticristo y su mundo -falsos milagros, dominio del cielo, comunicación simultánea de su imagen a todo el mundo, ejércitos de acero- son leídos por los nacionalistas como resultado de la revolución tecnológica de la modernidad, que cumple así con la profecía apocalíptica, y el mundo resultante de la aplicación de esos avances es el mundo opuesto al orden divino:

"Otro ejemplo: se han hecho posibles las cosas desmesuradas que están al fin del Apokalypsis y los exégetas antiguos daban por imposibles. Es posible hoy día destruir una ciudad entera en una hora, como dice tres veces el Apokalypsis de la «Babilonia». Y los prodigios del Anticristo han sido hechos posibles por la ciencia.

El Apokalypsis menciona dos prodigios del Anticristo; hace llover fuego del cielo sobre sus enemigos, hablar al mundo por medio de su imagen animada. Ambos son hechos posibles hoy día por la bomba nuclear y la Televisión.

La unificación del mundo, del cual ha de ser emperador el Anticristo durante tres y medio años, también se ha vuelto posible, más aún deseada y buscada: hay un partido en E.E.U.U., en Canadá y en Inglaterra, constituido para unificar el mundo, hacer desaparecer a las naciones y todos los límites, y hacer una sola nación del mundo entero. Le llaman los «oneworlders»" (CASTELLANI, 1963, p. 26).

Hugo Wast en su novelas de 1942 sostendrá la misma tesis:

"- Sí, falsos milagros. Los inventos modernos le servirán para presentarse y hablar a la vez en todas partes. Los aparatos de radio transmiten todas las sensaciones, no sólo las auditivas y visuales (como en 1940), sino también las que impresionan el olfato, el tacto y el gusto, y permiten que el orador vea y escuche al público que lo oye y lo ve. Así el Anticristo gozará de una aparente ubicuidad, y sus imágenes podrán contestar a quienes las interroguen, y se cumplirá el anuncio del *Apocalipsis*: «Y le fue dado que comunicase espíritu a la figura de

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

la Bestia, de manera que hablase»". (WAST, 1975, p. 120).

Igualmente Castellani en la novela *Su Majestad Dulcinea* (1956) atribuye al bando del Anticristo el uso de tecnología avanzada:

"Él mismo [Juliano Felsenburgh, el Anticristo] ganó dos batallas, la de Francia y la de Alaska-Oregón, viajando en su avión fulmíneo de un polo a otro [...] Anda por todo el mundo acompañado de sus técnicos, de doce hombres vestidos de blanco, que son la cumbre reconocida de todas las ciencias actuales: Stággerson, que es el Dueño del Átomo, un sabio portentoso, que es en realidad el que le ha hecho el sobrehumano avión, que, ustedes habrán oído, la gente lo dice, con un furgón de a remolque del de 'sol en botellas'... podría llegar a la luna". (CASTELLANI, 1956, p. 283).

Como señala Fernando Reati en "Ciudad futura y distopía en la novela argentina de fin de siglo" (2000), la tecnología se presenta aquí como un signo adverso de la historia, pero no como desarrollo de su empleo desmesurado, sino precisamente por su origen profano. Porque a diferencia de los textos que indica Reati<sup>12</sup> el futuro apocalíptico no es obra humana, sino sobrehumana; la tecnología es un instrumento menor del que se vale el novelista apokaleta para indicar cuál es la verdad que subyace a la historia de los hombres. El fin terrible de la historia es algo que teológicamente se dará, y la tecnología adquiere entonces un sentido satánico estricto, lo que no sólo impide ver a aquella como un progreso sino que tampoco como un progreso distorsionado. Es decir, la tecnología, como signo del fin de los tiempos es intrínsecamente perniciosa y satánica, aunque los rivales del Anticristo a veces la usen.

Tanto Wast como Castellani atribuyen inventos limitados a los católicos perseverantes, pero esto es sólo un dato menor en ellos, mientras que en las filas del Anticristo la tecnología es la herramienta básica de conquista y dominio. En ese sentido no hay una muy clara conciliación entre la fe y la ciencia, pues siguen apareciendo, como en los tiempos positivistas decimonónicos, contrapuestas y mutuamente excluyentes. Esto es más notorio en Wast, quien cuenta que los nacionalistas argentinos inventan armas de defensa contra el invasor chileno, pero siempre a la zaga de los descubrimientos del Anticristo.

Por otra parte estos inventos se encuentran en dos escenarios esencialmente apocalípticos: el militar y el comunicacional. El primero porque refuerza el carácter violento del fin del mundo, algo que es explícito en el libro de San Juan. El segundo porque es el instrumento fundamental de la apostasía. En efecto, superando la prédica del Evangelio en velocidad y comprensión, convierte

12 Algunos de los textos a los que se refiere Reati son: CHEJFEC, Sergio: *El aire*, de 1992; DENEVI, Marco: *Manuel de Historia*, de 1985; GORODISCHER, Angélica: *Las repúblicas*, de 1991, entre otros.

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

instantáneamente en universal la palabra y la acción del Anticristo. Así, a pesar de algunos matices, la tecnología, como heredera de la deshumanizante Revolución Industrial inglesa, aparece como una marca bíblica que opone lo bueno a lo malo. El orden católico y nacional contra el orden supranacional.

Este orden supranacional también se fortalece por la desaparición de las lenguas nacionales. En la ficción de Wast las lenguas han sido abolidas por decisión de las esposas de los monarcas de los países más poderosos, y sólo se habla Esperanto. La aparición de una lengua franca artificial es un síntoma de la descomposición nacional: si una lengua es elemento identitario y homogeneizante de una nación, su desaparición sólo puede redundar en la disolución del país y las identidades nacionales. Por otra parte el orden internacional se ve resentido, ya que si éste se mantiene en base a las relaciones desiguales entre naciones, con el consecuente predominio histórico de una lengua nacional, la imposición de una lengua que no habla comunidad alguna en el planeta, sólo puede resultar en la consolidación de un orden tan desencarnado como el idioma Esperanto.

Pero la aparición de esta nueva lengua franca significa más. Es la naturalización de un habla -para Wast el Esperanto casi no se escribe y carece de una "literatura"- que reemplaza lenguas madres y acaba de raíz con el tiempo de las naciones. El tiempo apocalíptico es entonces evidente e inminente.

Esto ubica al Esperanto en oposición frontal al Latín, la otra lengua franca -católica e internacional- vinculada a la difusión evangélica y al culto de los nacionalistas. Anticipándose en 25 años a los debates en el Concilio Vaticano II sobre el uso ecuménico del Latín, Wast insiste en que la utilización de esa lengua es la marca de los elegidos, de aquellos que no condescienden con el "modernismo religioso" ni con los requerimientos del mundo anticatólico. Por eso es que en Juana Tabor y 666, los que resisten al Anticristo hablan en latín, como forma de perseverar en la fe, y sólo usan el Esperanto bajo presión del Estado. Pero los más puros sólo hablan la lengua de la Iglesia Romana. Claro: en menos de veinte años todos los hombres de la tierra han olvidado sus lenguas madres<sup>13</sup>.

Pero curiosamente Martínez Zuviría, en un giro que establece la trascendencia de la nación

13 Esto indica una característica de la narrativa apocalíptica nacionalista: sitúa el futuro narrado alrededor del segundo milenio, quizás siguiendo la tradición apocalíptica del «milenio». La anima tal vez la convicción de vivir ya esos tiempos apocalípticos: "La vista de las fuerzas del Mal es hoy día aplastante, sobre todo a los que han tenido una terrible apertura a lo que la ESCRITURA llama «las profundidades de Satán»: la confusión mental que reina en nuestros contemporáneos es espantosa; y tiene a su favor *todo*, por decirlo así" (CASTELLANI, 1990, p.334).

Por eso el tiempo del fin que se narra es relativamente próximo: Wast lo sitúa entre 1978 y 1998; Castellani, más prudente en fechar, no fija un tiempo definido, pero por ciertos indicios -la sobrevivencia de los "peralistas" -forma de nombrar a los peronistas en la novela; debe recordarse que para 1956 el peronismo estaba prohibido de tal manera que ni siquiera podría nombrárselo- en la Argentina del fin de los tiempos- hace suponer que todo sucederá a pocas decenas de años después del presente del momento de producción. Todo esto conduce a la posibilidad de que en algunas décadas el mundo cambia mágicamente, olvida lenguas, introduce calendarios, abandona el dinero y restaura los estados dinásticos antiguos y medievales.

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

en la economía de salvación, también atribuye al español el carácter de futura lengua sacra:

"-Conversemos en español -decía Padilla-, que será la lengua de N. S. Jesucristo en su segundo advenimiento. -¿Por qué no ha de ser el latín, que es la lengua de la Iglesia? -objetaba Fray Plácido. -Porque el español tiene el raro privilegio de ser la única entre las grandes lenguas del mundo que no haya sido hablada por ningún insigne heresiarca o enemigo de la Iglesia. El latín lo hablaron Nerón y Juliano; el griego Arrio; el árabe, Mahoma; el inglés, Enrique VIII; el francés, Voltaire; el italiano, Garibaldi; el alemán Lutero; el ruso, Lenin" (WAST, 1975, p. 113).

La asombrosa unión establecida entre la historia de salvación y la lengua española, lengua nacional argentina, herencia de la colonia y cadena estructurante de la nacionalidad hispánica, permite reforzar una política de uso de la lengua que legitima al escritor. Vale recordar que Wast fue miembro de la Real Academia Española de la Lengua, la que lo distinguió por el "purismo" lingüístico de sus textos. Pero además Wast establece una suerte de pureza ideológica en el castellano. La breve y curiosa filosofía de la historia que muestra el fragmento de la última cita de *Juana Tabor*, sugiere una valoración extralingüística del idioma, por lo que su defensa no es sólo una decisión de política cultural que busca homogeneidad nacional, sino una misión sagrada, repitiendo así el procedimiento de convalidar un elemento fundacional de la nación en la historia de salvación cristiana. Nuevamente, fundar la nación en la religión.

De allí que sólo un año después, cuando Wast asume como ministro de Justicia e Instrucción Pública del gobierno de facto de Pedro Pablo Ramírez, en 1943. decreta simultáneamente la enseñanza religiosa en las escuelas oficiales y la prohibición del uso público del lunfardo<sup>14</sup>, incluso en las letras de tango ya escritas.

Paradójicamente Martínez Zuviría en las novelas que trabajamos, sólo concede un uso lingüístico particular -uso de argentinismos- a los nacionalistas, quienes se tratan de «vos» y «che», rescatando, en los ominosos tiempos apocalípticos, no la norma, sino el uso rioplatense del castellano. Aunque esto no es demasiado serio: los generales golpistas nacionalistas parecen hablar castellano rioplatense, y sus interlocutores del gobierno anarcomarxista esperanto. Ambos grupos desconocen la lengua del otro y sin embargo no hay inconvenientes en el diálogo, por cierto el más extenso de la novela.

Leonardo Castellani en *Su majestad Dulcinea* intenta una política un poco más visible respecto a una lengua nacional. Por supuesto que el español castizo es la norma a imitar y a incorporar en "el pobre castellano de Argentina", pero esto no impide que el sacerdote intente forjar

<sup>14</sup> El lunfardo es el argot o habla de los sectores populares de la ciudad de Buenos Aires que se transformó en lengua poética del tango.

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

en la novela mencionada un habla que distinga a los personajes como argentinos. Y esto lo hace desde un intento de transcribir, sin comillas ni mediaciones, los modos de pronunciar de la gente del país:

"- Este hombre ha de' ber dicho que no hay Dios, o algo por el estilo. Es la ley -dijo su macilento compañero-. Se pué pensar todo lo que vos quierás que no hay Dios, pero no se puede decirlo en público" (CASTELLANI, 1956, p. 275).

Pero se limita al habla de los sujetos de los sectores populares, aquellos que dependen de otros, de los aristócratas, para orientar sus vidas dentro de la historia de salvación y de los tiempos del Apocalipsis. Salvo algunas palabras sueltas como "Márelplata", "usté", "Curaloco", el de Castellani queda en una serie de tentativas que no cuajan como proyecto de lengua literaria, sino apenas como un recurso de caracterización de una clase de personajes.

En realidad este procedimiento pretende tomarlo de Cervantes, cuando éste intenta dar carácter popular al habla de Sancho Panza. Al publicar las crónicas sobre los problemas argentinos resueltos por el sentido común -textos publicados en el diario *Cabildo*, y luego recogidos en *El nuevo gobierno de Sancho* (1942)- el cura Castellani otorga a Sancho tal ignorancia lingüística que el lector no puede menos que recordar a un tiempo a Sancho Panza y el habla gauchesca de la literatura argentina, entroncando dos tradiciones literarias que ubican a la cultura pretendida de la nación en el ámbito de la Hispanidad y del prestigio literario incuestionable:

"[habla Sancho] En virtud de las atribuciones que me otorga la futura constitución -que yo he de escribir y nadie ha de violar, fuera de mí mismo en caso de grave necesidad- desta ínclita ínsula y considerando que esta ínsula no está en guerra ni con ganas de estarlo, y consiguientemente todos sus insulso carecen de derecho de hacer la guerra por su cuenta sin permiso del Gobernador aquí! -¡deste mocito! ¡deste cura! ¡deste pobrecito hijo de mi madre y mi padre, que no es mi hermano ni mi hermana (¡y ojo al cristo, es de plata!)- vengo en decretar y decreto..." (CASTELLANI, 1942, p. 175).

El precario intento por construir una lengua literaria argentina basada en el habla de los sectores populares, que no pasa de ser un habla literaria basada en la gauchesca y su degradación, la recitación gaucha, parece un intento de unir un uso hiperculto del idioma con uno popular. Esa unión busca más bien legitimar una literatura como nacional, en tanto conjuga el dominio de la etimología y de los clásicos españoles con el habla gaucha. Todo esto lleva a un uso especial del humor que permite criticar acerbamente posturas contrarias y fijar una distancia respecto a los otros escritores que no se manejan con soltura en estos diferentes registros, y se conforman con escribir

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

desde un uso más limitado uso del lenguaje literario. Así no sólo se establece una diferencia entre aristócratas y sectores populares, sino también entre los escritores nacionalistas – entendidos como verdaderos escritores argentinos- y los que no lo serían, pues no logran esa mixtura de registros lingüísticos argentinos.

Si la lengua, a pesar de todo, es una marca diacrítica permanente de la nación, el legado de la Revolución Francesa en cambio era visto por los nacionalistas católicos como signo del tiempo apocalíptico que desdibujaba las diferencias nacionales y sociales, vale decir el orden jerárquico, nacional y católico. Esto, sobre todo, en lo vinculado con el basamento democrático del tríptico francés.

Según esta literatura nacionalista apocalíptica, a diferencia de Cristo en su primera venida, el Anticristo gozará de popularidad casi total -"He venido en nombre de mi Padre y no me habéis recibido; Otro vendrá en su propio nombre y lo recibiréis" (San Juan, 5, 23-24), lo que le permitirá marcar a sus seguidores y predicar con éxito la apostasía. En base a esta idea es que se funda el declarado antidemocratismo de los nacionalistas. Fundado en Charles Maurras –fundador de la Action Française, organización francesa antidemocrática y promonárquica de las décadas de 1920 y 1930-, en un pensamiento reaccionario y antirrevolucionario, el rechazo de la democracia como sistema de gobierno llega a veces a formularse como desprecio de la muchedumbre: "Poner armas en manos del pueblo es necesidad peor que confiar un revólver a un niño. Este vacila antes de usarlo; ignora, y teme. Aquél cree saberlo todo; descuenta la impunidad, y con la primera sangre se emborracha" (WAST, 1975, p.200). De modo que si se considera que la movilización de las masas es una herencia de la revolución de 1789, esta herencia se convierte en un instrumento desestabilizador, casi satánico, para Wast. Satánico porque se transforma en torpe soberbia que decide actuar por su cuenta sin aceptar la guía de los aristócratas.

Castellani, menos grotesco en sus lecturas que Wast, propondrá que el Anticristo será un demagogo: otorgará una serie de beneficios y acordará bienes y distinciones a los pueblos, a cambio de fidelidad absoluta, pero no dará ningún valor sustancial, ni ninguna ventaja concreta. El Anticristo realizará promesas sólo cumplidas en apariencia, aunque de todos modos le servirán como moneda de cambio:

"... [El Anticristo y el mundo contemporáneo, a un tiempo] Orgulloso del progreso de la Ciencia, de la Técnica, del Confort, de las Comunicaciones, de la Cultura ¿qué no promete a sus ciegos adoradores? Por poco no les ha prometido ya la inmortalidad y el paraíso en la tierra. Y es un **mendigo** de los dones del Príncipe de este mundo; **miserable** envuelto en guerras atroces, **desnudo** y lleno de lacras y vergüenzas; **pobre** de vida, de vitalidad y de alegría; y **ciego** a la luz del cielo y aun a la luz de la razón..." (CASTELLANI, 1954, p. 145).

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

Por eso el sistema democrático argentino, el único que según Wast quedará en pie hacia fines del siglo XX, es en realidad un gobierno oligárquico y demagógico, incapaz de entender, y mucho menos defender, la nación. El gobierno de entonces en la novela está en manos de una multitud de ministros inútiles y corruptos, orquestados por una presidente judía y multimillonaria. Aunque sea un gobierno elegido popularmente, no legisla sino para los oligopolios de los comerciantes de Buenos Aires que explotan a los trabajadores y someten a la población a la pobreza y la ignorancia. Sin duda esta Argentina de las vísperas del Anticristo es la Década Infame: electoralismo, fraude, explotación y dominio de los poderes económicos. Pero no es el rostro social de la crisis el que interesa a Wast, sino su corrupción moral como consecuencia del sistema político y legal. Es claro que lo que importa para Wast es discutir en clave apocalíptica las lacras diagnosticadas de la Argentina contemporánea. Y en ese sentido lo que se interpreta es que la democracia como sistema de gobierno es la manifestación de la decadencia moral de occidente, y a su vez es vía hacia el Anticristo. Toda transacción política basada en la igualdad es comienzo del caos social, y éste el fin de la nación.

En 666, ante un suicidio en masa de costureras por causa de la explotación sufrida, el pueblo decide vengarlas aniquilando a los judíos argentinos, desatando un pogromo inédito en América. Wast no condena precisamente esta matanza en sus supuestas causas -en la novela son los empresarios judíos los que provocan la violencia- sino que la rechaza por su carácter de hija de una turbamulta, de una multitud animalesca presa de cualquier "agitador de ideas":

"Excitado por la codicia y el odio, el pueblo se formó en columnas para marchar al saqueo del palacio, y la policía, miedosa o cómplice, se declaró incapaz de contener a aquellos cientos de miles de energúmenos cebados de sangre. [...]"

¡Si en vez de aquella policía demagoga y cobarde, misia Hilda hubiese tenido un par de regimientos de línea!"  
(WAST, 1975, p. 208).

El desenfreno de la muchedumbre, siempre considerada ignorante, es un desborde inaceptable y se lo contrasta con la organización nacionalista. Pequeña pero disciplinada, la fuerza nacionalista argentina basada en el ejército -disuelto en la ficción en 1998- reprime el pogromo y restaura un orden nacional en el país, aunque esto lleve a una guerra continental con Chile y Brasil. La "muchedumbre en las calles", producto social del «antinacionalismo» de la Modernidad europea, es conjurada con el ejército en las calles, como imposición de orden. Wast despliega una justificación del golpe de 1930, y un llamado anticipado al golpe de 1943, el más «católico» y

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

nacionalista de los golpes. Esa justificación encuentra dos pilares: la corrupción electoral y el «dogma» de la disciplina.

La corrupción electoral aparece como una manifestación superficial del liberalismo, que paradójicamente llevaba a la anarquía y a la dictadura al mismo tiempo. El ejercicio de la democracia igualaba y otorgaba el mismo derecho a todos los hombres, cuando, para los elitistas nacionalistas existían diferencias intrínsecas entre los hombres. La profesión de fe, la educación, el nacimiento, eran signos «naturales» de la diferencia entre los hombres, algo que hacía incompatible la democracia con el «buen gobierno»:

"El populacho rojo horripilábase de esta horrenda aritmética de acero.

La urna electoral era su arca de la alianza. Todos, hombres, mujeres, niños, desde los siete años, criollos o extranjeros, libres o encarcelados, gozaban del más sacrosanto de los derechos humanos, el verdadero rasgo distintivo del hombre en la escala zoológica: la facultad de votar y ser elegido. [...]

Si el gobierno ha de ser una realidad viva y fuerte, y no un armatoste que el primer choque desbarate, los pueblos no pueden ser gobernados sino por personas cuyo derecho a mandar se funde en una autoridad indiscutible. [...]

El peor estreptococo en las venas de un pueblo es la doctrina de la igualdad." (WAT, 1975, p. 231).

El mando «natural», para Wast, fincaba en las noblezas europeas, en los caudillos de genio y valor, sin que se aclare cómo y por qué eran mandos «naturales». Cualquier otra forma de mando social era satánica, porque facilitaba la presentación del Anticristo como salvador del caos. De hecho esto es lo que narra Wast en estas novelas que tratamos. Su pensamiento reaccionario llega incluso a afirmar que la dictadura defiende la libertad del individuo, porque enfrenta a la muchedumbre.

La disciplina se convierte entonces, para los nacionalistas, en un eje estructurante de la nación. Esa disciplina implicaba una confianza en la autoridad «natural» y el seguro orden católico hasta el Anticristo. Cualquier cuestionamiento y cambio en ese orden llevaría a las instancias del Anticristo. La visión apocalíptica de la historia servía entonces a la disciplina social. El caos aparece como una posibilidad activa que como resultado arroja la exclusión de aquellos que deben gobernar naturalmente. De ese modo la apelación a la unidad conceptual Apocalipsis/disciplina, implica un modo de organizar la sociedad en torno a los intereses del grupo católico y nacionalista. En efecto, se sustenta así la posibilidad y la necesidad de un régimen autoritario, que procure la homogeneidad cultural, por la vía de la adhesión al catolicismo y al hispanismo, como ideologías de validación religiosa y cultural -como partes inescindibles y a su vez constitutivas de la nación-, y la cohesión social, a través de la disciplina y la obediencia a la autoridad «natural» -los señores y

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

caudillos de genio-, garantiza la supremacía de los aristócratas.

Así Wast lanza un programa cultural y político, basado en última instancia en el miedo al caos apocalíptico, para que diera sustento a la nación y que preservase el orden social. Por eso el conflicto de fidelidades entre religión y nación era sólo aparente, porque ambas constituían una unidad conceptual inseparable y porque esta doble fidelidad redundaba en beneficio de las propuestas políticas y culturales de los grupos sociales que formaban el nacionalismo argentino.

**Uso escatológico de las profecías**

Desde los comienzos mismos del Cristianismo se sucedieron debates enmarañados sobre la exégesis de las profecías. Y es que toda la historia que Israel conocía procuraba el cumplimiento de profecías divinas. De allí que toda la historiografía del pueblo judío que los cristianos recogen en el Antiguo Testamento sea un extenso relato de profecías y una búsqueda anhelante de sus cumplimientos. Cuando en el *Génesis* (12, 1-4) Yavhé promete a Abraham tierra y descendencia universal -lo que implicaba la salvación- crea efectivamente en la conciencia de su mandado el sentido de la historia, no como una sucesión arbitraria de hechos, sino como el camino hacia una restauración de la unidad.

La historia véterotestamentaria intenta narrar los sucesivos acercamientos de Israel al cumplimiento de la palabra divina. La historia, entonces, se da en función de la profecía primera a Abraham. Luego ésta se cumple, pero no totalmente, y nuevas promesas a nuevos patriarcas y profetas relanzan sentidos inmediatos y mediatos de la historia. Vale decir: la profecía se cumple parcialmente en la historia, así como ésta existe sólo por aquella.

Ya en la presente era la nueva religión no evita -aunque las polémicas sobre el asunto fueron intensas- formular profecías que, necesariamente, involucrasen la suerte de los adeptos y del mundo todo. El mismo Jesucristo profetiza la destrucción de Jerusalén y uno de sus apóstoles, San Juan, escribe, bajo la inspiración del Espíritu Santo según su testimonio, el libro del Apocalipsis, aproximadamente a fines del siglo I. Las sucesivas afirmaciones de teólogos ortodoxos de la Iglesia Primitiva permiten entender el *Apocalipsis* joánico como una revelación del Espíritu, que actúa sobre la historia, pero de modo permanente e indirecto, impreciso, lo mismo en medio como al final de la misma.

La indeterminación temporal de las exégesis ortodoxas del libro de las revelaciones de San Juan obedece a la articulación de dos criterios: el teológico y el político. El primero es debido a una necesaria concordancia entre la lectura del libro en cuestión con algunos pasajes evangélicos, en los cuales Jesús insiste en la imposibilidad de conocer el momento del fin de la historia, del fin del

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como perspectiva histórica.**

mundo. Este primer punto es de interés eminentemente eclesiástico, y contribuye a la coherencia del canon bíblico católico. No obstante, en el segundo punto, una perspectiva política, la indeterminación de las profecías aceptadas por la Iglesia católica surge como una respuesta efectiva a los modos radicales del cristianismo.

En 1951 Leonardo Castellani publicó *Cristo ¿vuelve o no vuelve?* El texto buscó recordar la vigencia del dogma católico de la Parusía. El fin de la historia resultará luego de la Gran Tribulación en que el Anticristo, encarnación del Satán, conducirá a gran parte de la humanidad a la apostasía y el horror.

Castellani parte de una lectura exegética ortodoxa del *Apocalipsis* de San Juan. No intenta precisar los tiempos del libro de las revelaciones, sino que insiste en el finalismo del mismo: la llegada de Cristo como juez. Toda la historia se dirige, mediante su exacerbación, su desenfreno y plena manifestación, hacia un doble fin: la victoria del Anticristo, su dominio universal aparente y un también aparente fin de la historia, y luego sí la llegada mesiánica de Jesús.

En todo caso Castellani insistía en el carácter indeterminado del tiempo y el lugar de la venida de Cristo, incluso la historia no era una línea que se precipitaba hacia el final, sino que era un constante acercamiento, a la vez que alejamiento, del final:

"La Historia es de Cristo y para Cristo y siempre señala a Cristo: La Historia antigua de la humanidad sigue una línea recta hacia la Primera Venida de Cristo. Desde Cristo, la Historia sigue una línea sinuosa bordeando la Parusía, aproximándose y alejándose; dentro del límite de que ella sucederá infaliblemente y sucederá **pronto**, y no en una remotísima fecha, como ama imaginar la necedad pseudocristiana actual (CASTELLANI, 1990, p. 323".

Castellani planteaba la existencia de por lo menos tres formas de entender el fin de los tiempos mediante la intervención divina: evolucionismo:

"[...] es la opinión de los que sostienen que el capítulo XX del *Apocalipsis* se debe interpretar alegóricamente. Es decir, que la primera resurrección significa la gracia; los tronos los obispos; las almas de los degollados significan los buenos cristianos; y el Milenio no es otra cosa que el reinado actual de la Iglesia en el mundo. Tropos..." (CASTELLANI, 1951, p. 96).

Milenarismo: se divide en carnal o craso y espiritual. El primero

"designa la tendencia novelesca que en los primeros siglos imaginó un triunfo temporal y mundano de Cristo [...] este quiliasma desmesurado fue condenado por la Iglesia [...] no deja de subsistir incluso hoy día; por

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

ejemplo, en algunas sectas protestantes y en la mística de los grandes imperialismos actuales" (CASTELLANI, 1951, p. 151).

Al milenarismo espiritual Castellani lo define como: "Un milenio está predicho en la Escritura; ese período todavía no se ha dado; en qué consiste a punto fijo y en pormenor no lo sabemos; cuando se dé, lo sabremos".

De estas tres posturas en torno al fin de los tiempos, según Castellani, la Iglesia desconoce y prohíbe la enseñanza del milenarismo carnal y del evolucionismo, desde 1941, pues el primero asimila el reinado de Cristo con un dominio meramente temporal, y el segundo desconoce la Segunda Venida. En 1944 la Iglesia también excluyó de la enseñanza de la Doctrina el llamado «milenarismo mitigado» que, siempre de acuerdo a Castellani, es propio del cristianismo sudamericano. Este milenarismo mitigado cree en el reino temporal de Cristo con "su corte en Jerusalén, su palacio, sus ceremonias y festividades, su presencia visible y continua -y hasta su ministro de agricultura..." (97).

Resulta interesante cruzar estas lecturas escatológicas de Castellani con sus novelas apocalípticas, sobre todo *Los papeles de Benjamín Benavides* (1953) y *Su Majestad Dulcinea* (1956), las cuales intentan relacionar las profecías canónicas -interpretadas teológicamente- con sucesos históricos contemporáneos, incorporando el discurso apocalíptico a una lectura de la historia nacional argentina, sobre todo. Pero es que allí es donde Castellani se acerca a lo que él califica como sudamericano dentro de las exégesis apocalípticas: insistir, en tiempos de racionalismo religioso con un regreso temporal de Cristo.

Si bien Castellani no anunció un retorno victorioso de Cristo en forma temporal, insistió en sus novelas en el sentido final de la historia: el regreso majestuoso e implacable de Cristo. Aunque la historia nacional fuese leída en esa clave, no era más que una parte de la historia mundial. No había verdadera centralidad de la nación. Argentina era una comunidad más bajo la tribulación, e incluso periférica: el Anticristo y sus glorias residen en Europa y Estados Unidos; la Iglesia perseguida se oculta en el desierto (el Papa huye a Medio Oriente) y Argentina sólo recibe una persecución espantosa y una nueva reducción a colonia. Pero todo es parte de la Gran Tribulación que afecta a todo el mundo, porque, según lo que afirma en *Su Majestad Dulcinea*, cuando la causa de los rebeldes contra el neovirreinato impuesto en Buenos Aires está cerca de su derrota:

"Crean que nuestra causa está perdida, y aspiran al retorno a la paz, aunque no saben por qué camino. [...] Empiezan a creer que la idea de nación soberana al modo tradicional no es ya viable, a lo menos para este país «abortivo», como le dicen; y que la religión puede seguir adelante acomodándose a la nueva organización del

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

mundo" [...] "En un estado de cosas semejante, toda monstruosidad es posible -como estamos viendo aquí todos los días; y contra ese estado de cosas luchamos ahora los argentinos. Esa es la razón **religiosa** de nuestro «nacionalismo»" (CASTELLANI, 1956, 93).

Castellani buscó así fundar el nacionalismo argentino, polifacético y heteróclito, en la evidencia del fin de la historia y en la esperanza en el milenarismo atenuado. Es notoria una oscilación entre la prédica de un milenio craso -cercano a una restauración hispánica, promovida ésta por los nacionalistas elitistas de la década de 1930- y el milenarismo espiritual tradicional del catolicismo. Ambas posturas respondían a la fuerte vinculación ideológica de los nacionalistas con el legado colonial hispánico, el cual pretendían utilizar para la "recuperación de la nacionalidad". Y es que el hispanismo es una versión de la secularización del catolicismo, no ya como religión, sino como ideología fundante de occidente, según su autopercepción.

Esta relación con el legado ibérico llevaba al nacionalismo a la intención de recuperar la universalidad europea de la latinidad. El mundo español, su lengua, su religión, su historia, su herencia greco-latina, permitían al nacionalismo presentarse como una particularidad del universalismo latino.

Así, una afirmación telúrica, junto con una reivindicación de tipo universalista, conviven en el nacionalismo, y el uso consecuente de la profecía lleva a insertar a la nación en una historia de la cual no es protagonista y es forzada a entrar.

*Su Majestad Dulcinea*, que se comienza a escribir en 1946, imagina un escenario más audaz que los descritos por Wast, quien se había limitado a un Buenos Aires del presente reconocible en el futuro. La novela de Castellani describe una Argentina que ha vuelto al Virreinato, pero bajo el control de las Naciones Unidas, instrumento formal de Estados Unidos. Existe una latente, y luego efectiva, guerra mundial que entronizará al Anticristo, líder judío-norteamericano, en el poder mundial. Para eso se perseguirá a la Iglesia Católica, se la obligará a la apostasía y se destruirán las naciones, presas de sus propias decadencias morales y materiales.

Buenos Aires, destruida por un bombardeo nuclear abandona la capitalía a "Márelplata" y queda bajo el poder de los "cristóbales", viejos católicos que siguen al "Curaloco" -Luis Sancho Vélez de Zárate Namuncurá-, sacerdote que es el vicario para Argentina y América nombrado por el último Papa. La fábula narra la resistencia inútil y fatal de este sacerdote y sus adeptos al dominio mundial del Anticristo, quien cuenta con el poder económico, la tecnología comunicacional y militar, y las instituciones políticas y religiosas de todo el mundo, acumulando el poder absoluto en la Tierra.

Al sacerdote rebelde lo acompaña su hermana, Dulcinea Argentina, símbolo de la patria,

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

manifestación emocional de la nación. De una belleza infinita y fétida, decrepita y sensual, la mujer encarna también el fin del mundo en un cuerpo corrupto, destruido por los hombres del Anticristo. Al igual que el país, su fin es necesario para la Victoria de la redención, y su lucha perdida es asimismo imprescindible para la glorificación última de la Iglesia.

Castellani, quien juega con referencias claras de la historia argentina<sup>15</sup>, está en realidad elaborando una historia que deja de serlo. Porque su novela no es otra cosa que un camuflaje del Apocalipsis joánico aplicado a la Argentina contemporánea. Doctor en teología, Castellani intenta demostrar cómo toda la crisis argentina conduce al fin de la historia que supone asimismo el fin del mundo. Al igual que Wast, lee en la sociedad argentina los gérmenes del Anticristo, e incluso incurre en el antisemitismo -aunque a diferencia de Zuviría no es asunto central en la novela-, expresados básicamente en el máximo de los pecados: la apostasía:

Esa apostasía implicaba adoptar la historia de occidente equivocada, la del orden profano, con la apariencia de modernidad que la acompaña, renegando de la historia de salvación occidental -el Evangelio-, que es la única vía de adaptación de Argentina a occidente. La negación final de esa «única» historia llevaba al fin de toda historia.

Se podría establecer un trabajo contrastivo de *Su majestad Dulcinea* con el *Apocalipsis* de San Juan, pero lo que nos interesa aquí es señalar que esta novela apocalíptica cumple una función doctrinal: denuncia y anuncia; denuncia la adopción acrítica de la historia occidental como una forma definitiva de la destrucción de la nación y anuncia el fin de esa historia y del relato histórico argentino, diluido en el occidental, en la única situación de inmovilidad posible: el Juicio Final, la justicia definitiva e inapelable.

La prospectiva de Castellani, que pretende seguir la tradición de los textos proféticos del canon católico, revela la occidentalización final de todo el planeta, el fin de las naciones, la homogeneización de las culturas y de las economías, la imposibilidad de la Argentina. En ese sentido no hay futuro. Porque, desde su exégesis bíblica, el caos, la crisis, para Castellani no está por venir, sino que ya está. Lo que viene es el fin del caos, la paralización de la crisis. Por eso su novela no termina en un estado de la situación -la descripción del gobierno del Anticristo, por ejemplo-, sino en un momento aparentemente trivial del relato: el Anticristo no es el fin de la historia sino su exacerbación, su totalidad. El final es dado sólo a Cristo. Ambas situaciones, la afirmación de la historia y su fin, son inevitables, seguras.

---

15 En realidad los primeros que resisten a los invasores norteamericanos son los "peralistas" -alusión clara a los peronistas-, quienes luchan por la nación, aunque sin asumir la trascendencia de su lucha. A su vez existen los "peludistas" -radicales- y los que recuerdan todavía al "Restaurador" -líder federal del siglo XIX-, todos mancomunados con los "cristóbales" para combatir a un Anticristo que no reconocen. También existen claras referencias a los conflictos de la entonces incipiente Guerra Fría.

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

El nacionalismo defendía entonces la nación porque esta forma de organización humana supone el último momento del relato histórico de los hombres, la última resistencia contra el Anticristo en el mundo, y aunque la resistencia resultase vana, el testimonio, como en los comienzos del cristianismo, representaba la afirmación de la verdad. Luego la historia se acabaría.

Esta concepción subordinaba la historia a la teología, la nación al "reino de este mundo" y al "de los cielos" al mismo tiempo, y lanzaba la admonición fatal: cualquier desvío, adopción errónea de la historia de occidente o construcción del propio relato histórico, sería o apostasía o absurdo. Si bien no era la negación de la crisis, sí su inclusión en una concepción teleológica occidental de la historia, que implicaba la desaparición de ésta.

Así como la narración histórica había permitido al nacionalismo de la década de 1930 imponer, más allá del ámbito académico, una interpretación de la historia nacional, la novela apocalíptica, aunque de escaso número, consiguió plasmar y popularizar una visión teleológica de la historia, de algún modo difundida en la sociedad, pero poco explicitada. La idea de que toda idea o acción, estética, social o política en definitiva colabora con la segunda venida de Cristo, o la entorpece, consolida una perspectiva religiosa de la cultura. Todo está subordinado a una función histórica: propiciar la llegada del mesías y combatir al Anticristo. Toda acción que objete a los proclamados aliados del enemigo de la Iglesia será entendida como una tarea necesaria en el Plan de Salvación. Y la defensa de la nación, como espacio de vigencia los valores católicos, reemplazo de las monarquías cristianas, será la misión nacionalista absoluta.

Pero en las novelas apocalípticas no será la defensa de la nación una resistencia armada – aunque en *Su Majestad Dulcinea* y en *Juan XIII (XXIV)*. *Una fantasía* de Catellani, los católicos se unan a peralistas, peludistas, restauradores y caudillos del Interior<sup>16</sup> para luchar contra la invasión norteamericana-, sino un testimonio. Porque el nacionalismo será, en estas novelas, algo así como el cuerpo de los últimos profetas antes del fin, las palabras que invitarán a la penitencia. En un contexto de retirada política, el nacionalismo de la segunda mitad del siglo XX produjo entonces un tipo de literatura original, pero que de algún modo auguraba su repliegue: toda disputa cultural, toda batalla política se condensaba ahora en la esperanza de que el Dios de las naciones actuara al fin.

“La guerra en serio ha venido como un terremoto sobre nosotros ahora. El mundo ha ido siempre para peor todo ese tiempo que usted dormía: monótonamente desintegrándose, todos los remedios fallaban, su país está enteramente gangrenado; y el mío, como siempre, a la zaga; aunque creo que ahora les cae la amputación, que Dios nos sotenga.”<sup>17</sup>

16 Todas referencias a los movimientos políticos populares de la historia argentina: los peralistas son los peronistas – seguidores de Juan Domingo Perón-; los peludistas –partidarios del presidente Hipólito Yrigoyen- los radicales; los restauradores, los rosistas –fieles al gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, entre 1829 y 1852.

17 CASTELLANI, Leonardo: *Juan XXIII (XXIV)*. *Una fantasía*, Buenos Aires, Theoría, página 335.

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

## Referencias bibliográficas

- ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- BOSCA, Roberto, *La Iglesia Nacional Peronista. Factor religioso y Poder Político*, Buenos Aires: Sudamericana, 1997.
- BUCHRUCKER, Cristián, *Nacionalismo y Peronismo. La Argentina en la crisis ideológica undial (1927-1955)*, Buenos Aires: Sudamericana, 1987.
- CASTELLANI, Leonardo. *Cristo ¿vuelve o no vuelve?*, Buenos Aires: DALIA, 1951.
- \_\_\_\_\_. *Los papeles de Benjamín Benavides*, Buenos Aires: Cintra, 1954.
- \_\_\_\_\_. *Su Majestad Dulcinea*, Buenos Aires: Ediciones Cintra, 1956.
- \_\_\_\_\_. *Las profecías actuales*, Buenos Aires: Cruz y Fierro Editores, 1963.
- \_\_\_\_\_. *El nuevo gobierno de Sancho*, Buenos Aires: Theoría, 1965.
- \_\_\_\_\_. *Las Ideas de mi tío el cura*, Buenos Aires: Excalibur, 1984.
- \_\_\_\_\_. *El Apokalypsis de San Juan*, Buenos Aires: Vórtice, 1990.
- GÁLVEZ, Manuel. *El novelista y las novelas*, Buenos Aires: Dictio, 1981.
- IBARGUREN, Federico. *Nuestra Tradición Histórica*, Buenos Aires: Dictio, 1978.
- IGHINA, Domingo. *El libro de los reyes. Ensayo sobre el caudillo en la narrativa de Manuel Gálvez*, Córdoba: Alción 1998.
- IRAZUSTA, Julio. *La política, cenicienta del espíritu*, Buenos Aires: Dictio, 1977.
- LVOVICH, Daniel, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires: Vergara, 2003.
- MEINVIELLE, Julio. *El judío en el misterio de la historia*, Buenos Aires: Theoría, 1963.
- QUATROCCHI WOISSON, Diana, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires: Emecé, 1995.
- REATI, Fernando, "Ciudad futura y distopía en la novela argentina de fin de siglo", en Silabario. Revista de estudios y ensayos geoculturales N° 3: junio de 2000.
- \_\_\_\_\_. *Postales del porvenir. La literatura de anticipación en la Argentina neoliberal (1985-1999)*, Buenos Aires: Editorial Biblos, 2006.
- ROIG, Arturo, "Eugenio Espejo y los comienzos y recomienzos de un filosofar latinoamericano" en *Rostro y filosofía de América Latina*, Mendoza: EDIUNC, 1993.
- ROITENBURD, Silvia, *Nacionalismo católico. Córdoba (1862-1943)*, Córdoba: Ferreyra Editor, 2000.
- TORRES ROGGERO, Jorge (director), *Calíbar sin rastros. Aportes para una historia social de la*

**IGHINA, Domingo César. El nacionalismo argentino y la novela apocalíptica como prospectiva histórica.**

*literatura argentina*, Córdoba: José Solsona, 1996.

WAST, Hugo (Gustavo Martínez Zuviría). *El Kahal*, Buenos Aires: Thau, 1954,

\_\_\_\_. *Oro*, Buenos Aires: Editores de Hugo Wast, 1935.

\_\_\_\_. *Juana Tabor y 666*, Buenos Aires: AOCRA, 1975.

ZANATTA, Loris, *Perón y el mito de la Nación Católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo, 1943-1946*, Buenos Aires: Sudamericana, 1999.